

este diálogo con una persona que fué á visitarlo:

—Cómo os encontráis?

—Hoy temo á la muerte más que nunca.

—Teneis miedo al suplicio?

—No; temo dejar solos en el mundo á mis hijos.

Diciendo esto lloraba. Despues añadió:

—¿Por qué no me dan tiempo para que me arrepienta?

La última noche leyó muchas veces el salmo 51. Se acostó en la cama un momento y luego se puso en ella de rodillas. Uno de los que le asistían se acercó á él y le preguntó:

—Conoceis que necesitáis perdon?

—Sí, respondió.

—Por quién rezáis?

—Por mis hijos.

Cuando oyó las cuatro de la madrugada, volviéndose hácia sus guardianes, exclamó:

—Me quedan aun cuatro horas; pero dónde irá mi alma miserable?

Desde el amanecer, inmenso gentío hormigueaba por los alrededores de la cárcel.

Habia un jardín inmediato á la prisión, en el que levantaron el patíbulo. Abrieron una brecha en las tapias para que el reo pasara por allí. A las ocho de la mañana la muchedumbre se agolpaba en las calles vecinas, y doscientos espectadores privilegiados ocupaban el jardín. Apareció el reo con la frente levantada y el paso firme; estaba pálido y el círculo rojo del insomnio se veía en sus ojos. El mes que acababa de transcurrir le hizo envejecer más de veinte años; tenía treinta y manifestaba cincuenta: salió de la cárcel con las manos atadas, y, según la costumbre inglesa, mientras las manos cruzadas estaban ligadas al pecho, una cuerda le ligaba los dos codos á la espalda: caminaba mirando fijamente á la horca, y decía en voz alta: *¡Pobres hijos míos!* Iba á su lado el capellan Bouwerie, que rehusó firmar la petición de indulto y que entonces lloraba. Tapner subió á la horca; él mismo se puso el nudo corredizo y pasó el cuello por él, ayudando en esta operación al verdugo. Despues, presintiendo lo que iba á suceder, porque tenía las manos mal atadas, dijo al verdugo: *Atadme mejor las manos.*

—*Es inútil,* respondió éste. A Tapner, estando de pie con el cuello en el nudo corredizo y los piés sobre la trampa, el verdugo le tapó la cara con la gorra y ya no se vió rezar á la boca del reo. La tram-

pa, dispuesta á abrirse á sus plantas, era de dos piés cuadrados. El verdugo tocó el resorte, se abrió la trampa y el ajusticiado cayó bruscamente: la cuerda quedó tensa, el cuerpo dió vueltas y le creyeron muerto. De repente el hombre, que aun no era cadáver, pero que ya era espectro, se movió; sus piernas se subieron y se bajaron una despues de otra, como si intentasen subir escalones en el vacío. Lo que se entreveía de su rostro era horrible; las manos, casi desatadas, se movían como para pedir socorro. La atadura de los codos se rompió al sacudirse al caer. En las convulsiones las cuerdas oscilaban, los codos del ajusticiado chocaron con el borde de la trampa, sus manos se agarraban á ella, la rodilla derecha se apoyaba allí, el cuerpo se levantó y el reo quedó inclinado hácia la multitud. Despues volvió á caer y repitió esta misma operación. La segunda vez se levantó hasta un pié de altura y la cuerda estuvo un momento floja. Despues se quitó la gorra y los asistentes le vieron el rostro. El verdugo, que habia descendido ya del patíbulo, volvió á subir. La cuerda se habia desviado, y el reo la tenía debajo de la barba; el verdugo se la puso debajo de la oreja, despues de lo que se la apretó en los dos hombros; el verdugo y el espectro lucharon un momento, y el verdugo, precipitándose en el agujero del que pendía Tapner, cogiéndole por las dos rodillas, quedó suspendido á sus piés. La cuerda se balanceó un momento, sosteniendo al paciente y al verdugo, al crimen y á la ley. El verdugo, por fin, abandonó su presa: el hombre estaba muerto.

En aquellos momentos, Fouquet, indultado en 1851, se arrepentía. El verdugo quitó la vida á Tapner y la clemencia consiguió que se arrepintiese Fouquet.

Último detalle.

Entre el momento en que Tapner cayó en el agujero de la trampa y el instante en que el verdugo le soltó los piés transcurrieron doce minutos. Puede calcularse lo que sufriría el ajusticiado, si se tiene presente lo lentos que son los minutos que se cuentan en el reloj de la agonía.

De este modo murió Tapner. Su ejecución costó cincuenta mil francos.

En el invierno se ven en Lóndres, en ciertos barrios, grupos de seres amontonados en las esquinas de las calles, en los huecos de las puertas, que pasan allí los días y las noches, mojados, hambrientos,

helados, sin abrigo, casi desnudos y sin calzado, sufriendo la lluvia, la nieve y el hielo. Son ancianos, son niños y son mujeres, casi todos irlandeses como vos.

Esas indigencias podrían mitigarse incluyendo en el presupuesto los cincuenta mil francos que le dieron al verdugo de Tapner. Con esos cincuenta mil francos pudieran haber vivido un año un centenar de esas familias; pero vale más matar á un hombre. Tapner permaneció una hora en la horca; despues le desataron, y á las ocho de la noche le enterraron en el cementerio de los extranjeros.

Hubo tambien otro ser castigado; la esposa de Tapner, que se desmayó dos veces al despedirse de él: el segundo desmayo le duró media hora, y creyeron que habia muerto.

Un hecho que no debo callarme, un hecho notable, es la unanimidad de la prensa local, que dijo:—*“No habrá ya ejecuciones capitales en este país; no toleraremos que vuelva á levantarse el patíbulo.”*

La *Crónica de Guernesey* de 11 de Febrero añade: *“El suplicio ha sido más atroz que el crimen.”*

Temo que sin querer hayais abolido la pena de muerte en Guernesey.

Os copio, para que reflexioneis, este párrafo de una carta que me escribe uno de los principales habitantes de aquella isla: *“La indignación llegó á su colmo, y si todos hubieran podido presenciar lo que aconteció en la horca, hubiera sucedido algo peligroso, porque muchísimos se hubieran arrojado á salvar al infeliz que estaban torturando.”*

La teoría de ser la pena ejemplar debe quedar satisfecha. Solo la filosofía se ha quedado triste y preguntándose si eso es lo que llama la justicia *“seguir su curso.”*

Es preciso creer que la filosofía se equivoca. El suplicio ha sido espantoso, pero el crimen era repugnante. La sociedad debe defenderse: ¿dónde iríamos á parar? etc. etc. etc.; si así no se obra, la audacia de los malhechores no tendría límites. Es necesario contenerles. Es preciso ahorcar á los Tapner, menos cuando son emperadores.

Cumplase la voluntad de los hombres de Estado.

Los ideólogos, los soñadores, los espíritus quiméricos que tienen la noción del bien y del mal, no pueden sondear sin turbarse ciertos lados del problema del destino.

Si Tapner, en vez de matar á una mujer, hubiera matado trescientos hombres; si en lugar de forzar una puerta

hubiese faltado á un juramento; si en vez de haber escamoteado algunos sche-lines hubiera robado veinticinco millones; si en vez de quemar la casa de madame Saujon hubiera ametrallado á Paris, le hubieran nombrado embajador en Lóndres. Debe precisarse, por lo tanto, la línea en la que un bandido deja de ser criminal y se convierte en hombre político.

Esto es horrible. Vos y yo habitamos en lo infinitamente pequeño. Yo no soy más que proscrito y vos no sois más que ministro; yo soy ceniza y vos sois polvo. Un átomo puede hablar á otro y decirle francamente la verdad. Sabed, pues, que á pesar de los esplendores actuales de vuestra política, que á pesar de la gloriosa alianza que os une á Bonaparte, por resonantes y magníficos que sean vuestros triunfos comunes en el asunto de Turquía, es y será siempre un hecho espantoso y horrible atar una cuerda al cuello de un hombre, abrir una trampa á sus piés para que se rompa la columna vertebral al caer, hacer que se desfigure su rostro en la horca, que salten de sus órbitas sus ojos sangrientos, que ahogue un nudo el rugido de su agonía, que sus rodillas convulsivas busquen un punto de apoyo; es y será siempre un hecho horrible, repito, ver á otro hombre que se agarra á las piernas del criminal y que se cuelga del colgado.

Vuelvo á decir que no habeis obedecido á ninguna influencia al mandar que la justicia siga su curso; habeis dictado esta orden como otra cualquiera; las peripecias de la pena de muerte os interesan poco. Para vos, hacer colgar á un hombre es como beber un vaso de agua. No habeis meditado en la gravedad del acto. Esto en vos es una ligereza de hombre de Estado y nada más.

Nada significa ahorcar á un hombre; no es más que apretar una cuerda, desclavar un tablado y enterrar un cadáver. Despues disparamos cañonazos, hacemos fuego y humo en el Oriente, y nadie se acordará ya de Tapner, ni de Guernesey, porque es necesario un microscopio para ver una cosa tan diminuta. Esa cuerda, ese tablado y ese cadáver, ese imperceptible patíbulo, que os parece diminuto, es inmenso. Es la cuestión social, que es superior á la cuestión política. Las cosas diminutas son vuestra política, vuestros cañones y vuestro humo. Lo verdaderamente espantoso es que el que era asesino por la mañana sea asesinado por la noche.

Hombres de Estado, entre dos protocolos, entre dos sonrisas, apretáis con el dedo pulgar el resorte del patíbulo y la trampa se abre bajo los pies del ajusticiado.

Sabeis qué significa esa trampa? Es el infinito que aparece, es lo insondable y lo desconocido.

Que continúen desempeñando su tarea los hombres del viejo mundo, obstinados en retener el pasado. Conserve, mientras puedan, en Túnez el palo, en San Petersburgo el knout, en los Estados del Papa el garrote, en Francia la guillotina, en Inglaterra la horca, en Asia y en América el mercado de esclavos. Todo eso pasará para no volver. Nosotros, los anarquistas, los demagogos, los bebedores de sangre, os declaramos, á vosotros los conservadores y los salvadores de la sociedad, que la libertad humana es augusta, la inteligencia santa, la vida sagrada y el alma divina.

Pero poneos en guardia, que el porvenir se aproxima. Creéis que está vivo lo que está muerto y muerto lo que está vivo. La antigua sociedad aun está en pié, pero agoniza ya. Alucinados, habeis llevado las manos á las tinieblas, os habeis apoderado del espectro y quereis casaros con él. Volveis las espaldas á la vida, y ella muy pronto se levantará por detrás de vosotros. Cuando pronunciamos las palabras progreso, revolucion, libertad y humanidad, os sonreís y nos señaláis la noche que nos envuelve y que os envuelve. Pero sabed que de esa noche saldrán dentro de poco ideas colosales y resplandecientes. La democracia dominaba ayer en Francia; mañana dominará en Europa. El eclipse actual oculta el misterioso engrandecimiento de un astro.

Soy siempre vuestro servidor,

VICTOR HUGO.

Marine-Terrace 11 Febrero 1854.

III.

Quinto aniversario del 24 de Febrero de 1848.

24 Febrero 1854.

Ciudadanos: Una fecha es una idea que se convierte en cifra, es una victoria que se condensa y se reasume en un número luminoso, que resplandece siempre en la memoria de los hombres.

Acabais de celebrar el 24 de Febrero

de 1848, glorificando una fecha pasada; permitidme que yo me ocupe de la fecha futura; permitidme que me vuelva hácia una jornada hermana desconocida del 24 de Febrero, que santificará la próxima revolucion y que se identificará con ella; permitidme que la dedique todas las aspiraciones de mi alma.

Deseo que sea tan grandiosa como la fecha pasada, pero más feliz; que los hombres para quienes resplandezca sean puros y firmes, buenos y grandes, justos, útiles y victoriosos, y que no se les recomense con el destierro; que alcancen mejor suerte que nosotros.

Deseo que la fecha futura sea la fecha definitiva que confirme la tarea de la otra y que la termine; que, como el 24 de Febrero, sea radiante y fraternal, pero atrevida, y que consiga su objeto y que mire á la Europa como Danton la miraba.

Que, como Febrero, suprima la monarquía en Francia y además en todo el continente; que en todas partes sustituya el derecho divino al derecho humano; que consiga que las nacionalidades de Italia, de Polonia, de Hungría y de Alemania se pongan en pié por medio de la libertad.

Deseo que la fecha futura sea espléndida, que la próxima revolucion sea invencible y que funde los Estados-Unidos de Europa. Que, como Febrero, abra de par en par las puertas del porvenir, pero que cierre para siempre las del pasado; que haga un cerrojo de todas las cadenas de los pueblos, tan enorme como lo ha sido la tiranía.

Que, como Febrero, levante y coloque en el sublime trípode Libertad-Igualdad-Fraternidad y encienda en él la gran llama de la Humanidad que alumbró todo el mundo, que deslumbre á los pensadores y que ciegue á los déspotas.

Que, como Febrero, derribe el cadalso político que levantó el Bonaparte del 2 de Diciembre, pero que derribe tambien el cadalso social. Porque no hay que olvidar, ciudadanos, que la cuchilla de esa guillotina está suspendida sobre la cabeza del proletario. Carece de pan para alimentar á su familia, carece de ilustracion, y comete una falta, que le hace caer y hundirse en el crimen.

Deseo que la futura fecha, como la de Febrero, confirme el derecho del hombre, pero que además proclame el derecho de la mujer y el derecho del niño, esto es, la igualdad para aquella y la educacion para éste.

Que, como Febrero, rechace la confiscacion y las violencias; que no despoje á nadie, sino que dote á todo el mundo; que no obre contra los ricos, pero sí en beneficio de los pobres. Que otorgue dotacion universal de bienestar material, intelectual y moral, por medio de una gran reforma económica, por medio del trabajo mejor comprendido, por medio de instituciones de crédito, por la abolicion de las aduanas y de las fronteras, por el gran aumento de circulacion, por la supresion de ejércitos permanentes, por el mejor equilibrio entre la produccion y el consumo por medio del cambio, por la revolucion monetaria.

Que inutilice y haga desaparecer las antiguas instituciones que estén deshonradas, pues esta es su mision política, pero que cumpla directamente su mision social y que haga ganar el pan á los trabajadores; que constituya en gran escala la instruccion gratuita y obligatoria. Lo que necesita la civilizacion son talleres, muchos talleres, escuelas, muchas escuelas. El taller y la escuela constituyen el laboratorio del que resulta la doble vida, la del cuerpo y la de la inteligencia.

Que, como el 24 de Febrero, la gran fecha futura, la revolucion próxima dé en todos los sentidos pasos hácia adelante, pero no pasos hácia atrás; que no se cruce de brazos antes de terminar su tarea, y que sus últimas frases sean sufragio universal, bienestar, paz é ilustracion universales.

La fecha que yo invoco y que, uniéndola á la del 24 de Febrero de 1848 y á la del 22 de Setiembre de 1792, formará una especie de triángulo de fuego de la revolucion, esa tercera y suprema fecha, cuándo llegará? ¿qué año, qué mes y qué día brillará? ¿de qué cifras se compondrá en la série tenebrosa de los números? Ciudadanos, en esta hora en que os dirijo la palabra están ya escritos esos guarismos en una página del libro del porvenir, pero el dedo de Dios aun no ha vuelto esa hoja. No sabemos cuándo la volverá; la esperamos pronto; solo podemos decir que se aproxima la fecha libertadora. No se vé clara aun la cifra, pero ya se la vé brillar.

Proscriptos, levantemos las frentes para que las alumbren sus rayos, para que si los pueblos nos preguntan: ¿Qué es lo que ilumina la frente de esos hombres? podamos contestar: Es la claridad de la revolucion que se acerca.

Proscriptos, levantemos la frente, y

con la confianza religiosa que nunca nos abandona, saludemos al porvenir.

El porvenir tiene muchos nombres. Para los débiles se llama lo imposible; para los tímidos se llama lo desconocido; para los pensadores se llama el ideal.

¿Será imposible que termine la miseria del hombre, la prostitucion de la mujer y la ignorancia del niño?... ¿Será lo desconocido que los Estados-Unidos de Europa, libres y soberanos cada uno en su nacion, se alien por medio de una Asamblea central y se comuniquen á través de los mares con los Estados-Unidos de América? No es imposible lo que quiso Jesucristo, y no es desconocido lo que hizo Washington.

Se nos objeta:—Pero y la transicion? y los dolores del parto? ¿y la tempestad que ha de estallar para pasar del mundo antiguo al mundo moderno? ¿No comprendéis que es terrible la resistencia desesperada que opondrán los tronos, la cólera de las castas, la furia de los ejércitos, el rey defendiendo su lista civil, el sacerdote su prebenda, el juez su paga, el usurero su oro, el explotador su privilegio? Preparaos á llorar, preparaos á derramar sangre, ó mejor dicho, deteneos en vuestra marcha, paraos.—¡Que callen los débiles y los tímidos: nosotros morderemos la barra del hierro ardiente del imposible; nos hundiremos en las tinieblas de lo desconocido y allí te conquistaremos, ideal!

¡Ciudadanos, viva la revolucion futura!

IV.

Llamamiento á los conciudadanos.

14 Junio 1854.

Es urgente levantar la voz para avisar á los corazones fieles y generosos y para que los que están en el pais se acuerden de los que están lejos de él. Nosotros, los combatientes de la proscripcion, nos encontramos rodeados de angustias heroicas é inauditas. El campesino sufre lejos de sus campos; el obrero lejos de su taller; nos vemos sin trabajo, sin ropa, sin zapatos y sin pan, y con la obligacion de mantener á la familia y á los hijos; en este caso se encuentran muchísimos proscriptos. No se quejan de su penuria, pero nosotros nos quejamos por ellos. Los déspotas, á cuya cabeza se encuentra Bonaparte, han hecho lo posible para

que llegasen á tan extrema necesidad; la calumnia, la policia y la intimidacion les han ayudado á impedir que lleguen los socorros á los inquebrantables confesores de la democracia y de la libertad. Haciéndoles sufrir hambre, esperan domarlos, pero eso es una ilusion: los proscriptos caerán muertos en su sitio de honor.

Entre tanto, el tiempo se pasa, su situacion se agrava, y lo que en ellos era miseria se vá convirtiendo en agonía. La desnudez, la nostalgia y el hambre se apoderan de los desterrados, y muchos han muerto ya. ¿Consentiremos que mueran los demás?

Conciudadanos de la República universal, es un deber socorrer al hombre que padece, pero socorrer al hombre que padece por la humanidad es todavía más que un deber.

Los que habeis podido permanecer en vuestras pátrias y que gozais de dos elementos de vida, del pan y del aire natal, volved los ojos hácia esta familia desterrada, que está luchando por todos y que experimenta grandes dolores por la inmensa familia de los pueblos.

Que cada uno dé lo que pueda y socorra á sus hermanos.

V.

La guerra de Oriente.

29 Noviembre 1854.

Proscriptos:

El aniversario glorioso de la revolucion polonesa de 1830, que celebramos en estos momentos, trae á la memoria de todo el mundo á esa nacion, y la situacion de Europa la restablece en los acontecimientos. Probaré á deciros de qué modo.

Empecemos por examinar la situacion.

Al extremo que ésta ha llegado, y en presencia de los sucesos decisivos que se preparan, es importante precisar los hechos.

Empecemos por hacer justicia á un error casi universal.

Gracias á la oscuridad con que el gobierno francés ha ocultado este asunto, que el gobierno inglés complacientemente ha ennegrecido en Inglaterra y en Francia, se atribuye generalmente al emperador Nicolás la guerra de Oriente, ese desastre continental. La guerra de

Oriente es un crimen, pero que no lo ha cometido Nicolás. No prestemos dinero al rico y restablezcamos la verdad.

Ciudadanos, el 2 de Diciembre de 1851 Bonaparte obró como sabeis; cometió un crimen, erigió ese crimen en trono y se sentó en él. Schinderhannes se declaró César, pero á César le faltaba Pedro. Cuando se llega á ser emperador, importa poco la aprobacion del pueblo; lo que importa es la aprobacion del Papa. No basta ser perjuro, traidor y asesino; es menestar ser sagrado. Napoleon el Grande lo fué, y el Bonaparte Pequeño lo quiso ser.

Pero la cuestion estaba en si el Papa lo consentiria.

El ayudante de campo Cotte, uno de los hombres religiosos del dia, fué enviado con esta comision á Antonelli, que es el Consalvi de la actualidad. El ayudante de campo no pudo obtener lo que deseaba. Pio VII consagró la victoria de Marengo, pero Pio IX se negaba á consagrar la matanza del boulevard de Montmartre. Era grave ungrir con el óleo romano la sangre y el cieno. El Papa se disgustó de esta proposicion y Bonaparte quedó contrariado. ¿De qué medios se habia de valer para vencer la resistencia de Pio IX? Como se vence á una mujer, se vence á un Papa. Por medio de un regalo. La historia no me dejará mentir.

UN PROSCRIPTO (el ciudadano Bianchi): Esas son las costumbres sacerdotales.

VICTOR HUGO (interrumpiendo el discurso): Teneis razon. Hace ya mucho tiempo que Jeremías apostrofaba á Jerusalem y Lutero á Roma, diciéndolas: Prostitutas! (Continuando el discurso). Bonaparte resolvió, pues, hacer un regalo á M. Mastai.

Qué regalo? El de la aventura actual.

En este momento existen dos Papas, el Papa latino y el Papa griego. El Papa griego, que se llama tambien czar, oprime al sultan con el peso de las dos Rusias. Como el sultan posee la Judea, posee el sepulcro de Cristo. Fijad en esto la atencion. Hace ya siglos que ambicionan los dos catolicismos, el griego y el romano, penetrar libremente en ese sepulcro y oficiar en él, no juntos y fraternalmente, sino excluyéndose el uno al otro, el latino al griego ó viceversa. ¿Qué hacia el islamismo para conjurar esas dos pretensiones opuestas? Equilibrarlas, esto es, cerrarles la puerta y no dejar entrar en el Santo Sepulcro ni á la cruz griega ni á la cruz latina, ni á Moscou ni á Roma. Esta conducta tenia despedido al Papa latino, que cree que le

corresponde la supremacia. ¿Qué presente podia ofrecer Bonaparte al Papa romano para determinarle á su consagracion y á su coronamiento? Proponed esta cuestion á Maquiavelo y la resolverá en seguida, diciendo: "Nada es más sencillo. Haced inclinar la balanza de Jerusalem hácia la parte de Roma; romped ante el sepulcro de Cristo la igualdad humillante de las dos cruces; poned la Iglesia de Oriente á los piés de la Iglesia de Occidente; abrid las puertas santas á la una, cerrándoselas á la otra; humillad al Papa griego: en una palabra, entregad al Papa latino las llaves del sepulcro."

Eso es lo que hubiera respondido Maquiavelo y esto es lo que Bonaparte ha querido realizar. A esto le ha llamado el asunto de los Santos Lugares.

Se ha fraguado esta intriga, al principio secretamente. M. de Lavalette, agente de Bonaparte en Constantinopla, pidió al sultan, de parte de su señor, la llave del sepulcro de Jesucristo para entregársela al Papa de Roma. El apocado sultan, perturbado y como sintiendo los vértigos de muerte del islamismo, solicitado por dos fuerzas contrarias, temiendo á Nicolás, temiendo á Bonaparte, no sabiendo á qué emperador obedecer, se acobardó y entregó la llave. Bonaparte le dió las gracias y Nicolás se incomodó. El Papa griego envió al serrallo á Menschikoff, su legado *ad latere*, con un látigo en la mano, exigiendo al sultan, en compensacion de la llave que entregó á Bonaparte para el Papa de Roma, algo más sólido, casi todo lo que le quedaba de soberania al sultan; éste, como es natural, se negó á disminuir su territorio; la Francia y la Inglaterra apoyaron al sultan, y ya sabeis lo demás. Estalló la guerra de Oriente.

Estos son los hechos.

Restituyamos al César lo que es del César, y no atribuyamos á Nicolás la culpa del hombre del 2 de Diciembre. La pretension de Bonaparte es completamente sagrada. El asunto de los Santos Lugares es la llave y el origen de todo.

Veamos ahora lo que ha salido de esa llave.

En estos momentos, el Asia Menor, las islas de Aland, el Danubio, la Tchernaiia, el mar Blanco y el mar Negro, el Norte y el Mediodía, ven ciudades, florecientes hace pocos meses, desaparecer convertidas en cenizas y en humo. En estos momentos están ardiendo Sinope, Bomarsund, Silistria, Varna, Kola y Se-

bastopol. En estos momentos, por millares, por millones, los franceses, los ingleses, los turcos y los rusos se degüellan en el Oriente ante un monton de ruinas. El árabe llega del Nilo para morir á manos del tártaro, que llega del Volga; el cosaco sale de las estepas para que le mate el escocés, que viene de los *highlands*. Las baterías hacen fuego contra las baterías, los almacenes de pólvora saltan, los bastiones se hunden, los reductos se toman, las balas agujerean los buques; el tifus, la peste y el cólera caen con la metralla sobre los sitiadores y sobre los sitiados, sobre los campamentos, sobre las flotas, sobre las guarniciones, sobre las ciudades, en las que agoniza una poblacion de viejos, de mujeres y de niños. Los obuses abrasan los hospitales: uno de éstos se incendia y perecen allí calcinados mil enfermos, segun dice un boletin de aquella guerra. La tempestad sobrecarga aquellos desastres; la fragata turca *Bahira* zozobra, el barco egipcio *Abad-i-Djand* naufraga cerca de Eniada con setecientos hombres; los huracanes rompen los mástiles de la flota; el navío de hélice *El Principe*, la fragata *La Ninfa de los mares* y otros cuatro *steamers* de guerra quedan sumergidos; *El Sin-Igual*, *El Sanson* y *El Agamenon* se despedazan contra los abismos de rocas del mar; *La Retribucion* puede librarse del naufragio arrojando los cañones al agua; el bajel de cien cañones *Enrique IV* naufraga cerca de Eupatoria; el aviso *Pluton* queda desamparado, y se pierden treinta y dos transportes llenos de soldados. En la tierra, los encuentros son cada vez más salvajes; los rusos rematan á los heridos á culatazos; al terminarse cada jornada, impide maniobrar á la infantería el monton de muertos y de moribundos, y por la noche el aspecto de los campamentos hace que los generales se extremezcan. Los cadáveres ingleses, franceses y rusos están confundidos como si se estuvieran mordiendo.—*No he visto nunca nada igual*, decia el veterano lord Raglan, que peleó en Waterlloo. Sin embargo, aun se irá más lejos; porque se anuncia que se van á emplear contra la desgraciada ciudad medios nuevos que tienen de reserva. Parece que en esta guerra se prolonga la exterminacion. Solo la trinchera cuesta cien hombres cada dia. Corren rios de sangre humana en Alma, en Balaklava, en Inkermann; habia cinco mil muertos el 20 de Setiembre, seis mil el 25 de Octubre y quince mil el 5 de Noviembre, y la guerra empieza ahora. Se envian ejér-

citios, que quedan destruidos, y luego se envian otros. Luis Bonaparte dice al general Canrobert la palabra estúpida de Felipe IV á Spinola: "*Marqués, tomad á Breda*". Sebastopol era ayer una llaga, hoy es una úlcera, mañana será un cáncer, y este cáncer devora la Francia, la Inglaterra, la Turquía y la Rusia. Hé aquí la Europa de los reyes, hasta que el porvenir nos traiga la Europa de los pueblos.

En Europa, en Inglaterra y en Francia, el contra-golpe es terrible. A las quiebras siguen las bancarrotas, se suspenden todas las transacciones, el comercio agoniza y la industria muere; se ostentan las locuras de la guerra y los trofeos presentan su balance. Refiriéndonos solo al Báltico y calculando solo lo que se ha gastado en esta campaña, cada uno de los dos mil prisioneros rusos traídos de Bomarsund cuesta á la Francia y á la Inglaterra trescientos treinta y seis mil francos. En Francia domina la miseria. El campesino vende sus vacas para pagar el impuesto y entrega su hijo para alimentar la guerra; su hijo, esto es, su propia carne. Cada régimen considera al hombre bajo su punto de vista. La República le llama carne del pueblo, el imperio carne de cañon.

El hambre completa la miseria. Como Francia se bate con Rusia, no recibe trigo de Odessa, y el pan escasea. En Polonia han tenido que reprimir los gendarmes una rebelion que produjo el hambre, y se aumentan las levas y los empréstitos, y para empezar se exige á la nacion este año ciento cuarenta mil soldados. Los millones se gastan como los regimientos. Naufraga el crédito como la armada; tal es la situacion de Francia.

Esta situacion arranca del 2 de Diciembre.

Nosotros, los proscriptos, cuyo corazon llora las desventuras de la pátria y los dolores de la humanidad, contemplamos este estado lamentable con creciente angustia.

Repito que esta situacion arranca del 2 de Diciembre. Suprimid la intriga llamada de los Santos Lugares, suprimid la llave, suprimid el deseo de ser consagrado, suprimid el regalo hecho al Papa, suprimid el 2 de Diciembre, suprimid á Bonaparte, y entonces no hubiera habido guerra de Oriente.

Porque Bonaparte, el asesino de Paris, tuvo el capricho de que le bendijera y le consagrara el Papa, hemos visto las

magníficas flotas francesas humilladas y disminuidas, exterminada la generosa caballería inglesa, los escoceses grises y los cazadores de Vincennes y los irreparables regimientos de Africa acuchillados y destruidos, y poblaciones inocentes incendiadas y derruidas.

Como acabais de ver con claridad, la guerra de Oriente es el hecho mismo del 2 de Diciembre, que llega paso á paso y de transformacion en transformacion á su consecuencia lógica, al desórden de la Europa. Como vertiginosa expiacion, el 2 de Diciembre se vuelve contra él mismo, y despues de haber asesinado á sus combatientes, acaba con sus defensores. Hace tres años se llamó golpe de Estado y asesinó á Baudin; hoy se llama guerra de Oriente y ejecuta á Saint-Arnaud. La bala que la noche del 4, obedeciendo á la órden de Lourmel, mató á Desoubs ante la barricada Montorgueil, salta por tabla en la oscuridad, siguiendo no sé qué ley formidable, y fusila á Lourmel en Crimea. Esos son rayos siniestros que lanza Dios.

La justicia es un teorema; el castigo es rígido como Euclides; el crimen tiene ángulos de incidencia y ángulos de reflexion, y los mortales nos extremecemos al entrever en la oscuridad del destino humano las líneas y las figuras de la geometría enorme que la muchedumbre llama casualidad y el pensador llama Providencia.

Lo curioso de esta aventura es que la llave no sirve. El Papa vé que el Austria vacila, y por otra parte, olfateando sin duda la próxima caida de Bonaparte, persiste en retroceder ante él; Bonaparte no quiere pasar de las manos de M. Mastai á las de M. Sibour; de lo que resulta que no ha sido consagrado y que no lo será nunca, porque al través de los acontecimientos se vé la sonrisa terrible de la Providencia.

Ciudadanos, acabo de exponeros la grave situacion actual. ¿Cómo saldrán de ella las dos grandes naciones comprometidas, Inglaterra que arriesga su comercio y el Oriente y Francia que arriesga su honor y la vida? La Francia solo tiene un medio: emanciparse, sacudirse el imperio que está agarrado á ella, y entregándose á la libertad, conseguir la victoria, el poder y la preeminencia. La Inglaterra tiene otro medio: concluir por donde debió empezar; no herir al czar en el talon, como hace ahora, sino en el corazon, esto es, revolucionando la Polonia. Aquí, en este mismo sitio, hoy hace

un año, recordareis que dí ese consejo á la Inglaterra. Entonces los periódicos que sostienen al Gabinete inglés me calificaron de orador quimérico, pero los acontecimientos han justificado lo que yo decia. La guerra de Crimea la vé el czar con la sonrisa en los labios, pero la guerra de Polonia le haria temblar. La guerra de Polonia provocaria una revolucion, y esto nada debe importar á la Inglaterra; poseyendo las libertades que posee no debe temer á las revoluciones; pero como Bonaparte representa el despotismo, las teme y no las querrá. ¿Luego Inglaterra sacrifica á Bonaparte y al miedo que tiene á las revoluciones sus ejércitos, sus flotas, su Hacienda, su porvenir, la India, el Oriente y todos sus intereses? No me equivocaba cuando profeticé, hace dos meses, que la alianza con Bonaparte traeria á la Inglaterra, no solo una disminucion moral, sino una catástrofe. Esta alianza perjudica desde un año á esta parte los intereses ingleses en la guerra de Oriente; sin esta alianza, Inglaterra hubiera conseguido hoy un triunfo en Polonia, en vez del contratiempo, ó quizás del desastre, que sufrirá en Crimea.

No importa; los acontecimientos dan de sí lo que pueden. Las situaciones tienen su lógica, que acaba siempre por decir la última palabra. La guerra de Polonia es ya inevitable en lo sucesivo; se verificará en un porvenir inmediato. En estos momentos se ocupa de este asunto lord Palmerston con Bonaparte en las Tullerías. Para terminar, os diré que la guerra en Polonia es la revolucion europea.

Todos los destinos se han de cumplir. La Polonia está en el sepulcro, pero con el clarín en la mano; la Hungría está amortajada, pero empuña el sable; la Italia está en la tumba, pero su corazon echa llamas; la Francia está en la fosa, pero en su frente brilla una estrella. Todos los signos nos lo anuncian; en la próxima primavera, que es la época de las resurrecciones, como la madrugada es la hora de despertar, ciudadanos, la tierra se estremecerá alegremente deslumbrada cuando esos grandes cadáveres, poniéndose súbitamente

en pié, abran de repente sus inmensas alas.

VI.

La tenacidad de los escritos de Victor Hugo conmovieron al Parlamento. Un miembro de la mayoría, que gozaba de familiaridad en las Tullerías, requirió al gobierno inglés para que pusiera de su parte cuanto pudiera para terminar la «querrela personal» entre Luis Bonaparte y Victor Hugo. Este conoció que era necesario que el proscrito colocara en su sitio al emperador y hacerle comprender su verdadera situacion, y entonces publicó en los periódicos ingleses la siguiente

“ADVERTENCIA.

Prevengo á M. Luis Bonaparte que comprendo perfectamente los resortes que toca y que están á su altura, y que he leído con interés lo que estos dias pasados, con referencia á este objeto, se dijo en el Parlamento inglés.

Bonaparte me echó de Francia porque combatí su crimen con las armas en la mano, cumpliendo con mi derecho de ciudadano y con mi deber de representante del pueblo; me echó de Bélgica por haber escrito *Napoleon el Pequeño*, y quizás me arrojará tambien de Inglaterra por las protestas que hice, que hago y que continuaré haciendo. Pero esto más es cuestion de Inglaterra que mia; para mí nada significa un triple destierro. La América es un pais que deseo ver, y si á Bonaparte le conviene que vaya allí, á mí me conviene tambien. Pero le advierto que nunca tendrá razon contra mí, que solo soy un átomo, porque nunca tendrá razon procediendo contra la verdad y contra la justicia, que representan á Dios. Declaro al 2 de Diciembre que le llegará su expiacion, y que desde Francia, desde Bélgica, desde Inglaterra, desde América y hasta desde el fondo de la tumba, si las almas viven, como creo, yo procuraré apresurar la hora de su expiacion. Bonaparte tiene razon; media entre nosotros la antigua querrela personal que hay entre el juez que se sienta en el tribunal y el acusado que se sienta en el banquillo.

VICTOR HUGO.

Jersey 22 de Diciembre de 1854.